



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10880

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 10 DE FEBRERO DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LORBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abaca, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

INTERESANTE

Ha regresado á esta el famoso y conocido especialista en las enfermedades de la boca,

DR. QVIDIO CIGNI COMASTRI,

que ofrece sus servicios á su numerosa clientela y al público en general

Calle Honda, 11, principal.

Consulta permanente y á domicilio.

ASÍ SE HACE

No hace todavía medio año que solicito Cádiz un tren botijo, como prueba y ya tiene concedido el segundo y asegurado el provecho. Con el primero dió á conocer las playas gaditanas á la gente de tierra adentro; con el segundo pretende levantar el Carnaval, dándole amenidad para que atraiga gente.

Se ocupan en esa labor el Ayuntamiento en primer lugar, los círculos de recreo, el comercio, la industria, la prensa y todos los elementos valiosos que Cádiz contiene; y el asunto lleva tales vuelos, que hasta se proyecta una

carrera ciclista desde Madrid á la capital andaluza, que tendrá por objeto llevar los cinco primeros ejemplares de un número extraordinario escrito con motivo de las fiestas que en Cádiz se preparan para los próximos días.

Así se hace; así se trabaja; así se demuestra que hay voluntad en el propósito. Si emprendiéramos nosotros este camino, no ocurriría lo que ocurre: que estamos hablando cerca de un año de los trenes botijos que debían venir á Cartagena sin que hayamos visto entrar aun el primero en la estación.

Así pasan nuestras fiestas profanas y religiosas en medio de glacial indiferencia. Las de Carnaval no pasan de las murallas de la plaza; las de Semana Santa apenas si se hacen notar fuera del término municipal; las de feria atraen algunos forasteros, muy pocos, visitas obligadas que tienen aquí parientes y que llegada la estación del veraneo, vienen á ver á la familia y á tomar baños de mar.

Así estamos un año y otro, apegados á aquel refrán que dice que *el buen paño en el arca se vende*, sin caer en la cuenta que eso es muy antiguo y que hoy para vender el paño pronto y bien, aunque sea barato y bueno, hay que enseñarlo mucho y pregonar sus cualidades.

Todavía queda tiempo hasta Semana Santa para preparar algo que llame la atención y atraiga concurrencia numerosa. Nuestras fiestas religiosas son lo bastante buenas para que las vean los forasteros. Ellas les van la base de un programa de festejos y con éste ya formado y dado al público, se puede solicitar el tren botijo sin temor á recibir un desaire.

Suponemos que no se hará, porque no es la diligencia cualidad distintiva en nosotros.

Sino fuera por eso, ¡cuántas cosas pasarían de la concepción á la realidad!

GLORIAS NACIONALES

Sitio y conquista de Galera.
10 Febrero de 1870.

Galera, plaza fuerte, último baluarte de los moriscos, bien aprovisionada de víveres, bien surtida de provisiones de guerra, encerraba á 3.000 rebeldes para defenderla, resueltos, denodados, valerosos. D. Juan de Austria llegó frente á los muros de la ciudad el 20 de Enero, con un ejército de 12.000 hombres. Dos ataques se verificaron; pero era tanta la furia con que se rechazaban los asaltos, que los españoles, apesar de su heroísmo, no lograron más que escasísimas ventajas, y esto á trueque de grandes pérdidas, sólo en el segundo ataque tuvimos 400 muertos y 500 heridos.

Visto lo infructuoso de los esfuerzos realizados, se pidió más artillería, se construyeron minas para volarlas, se abrieron brechas, y dispuesto todo, el 10 de Febrero, el general en jefe arrojó á las tropas, poniéndolos por delante la mengua de los dos combates anteriores y la necesidad de volver por los fueros del honor en el que aquel día se iba á emprender.

La acometida de los nuestros fué briosa, pero los moriscos la resistían; doblaron el coraje de los españoles y á su empuje los sarracenos tuvieron que ceder.

D. Juan de Austria fué de los primeros en lanzarse al muro, siendo herido por una bala en un costado.

Dueños los españoles de la muralla, entrando ya, por varios sitios en la plaza, la defensa continuaba furiosa, teniendo que ir tomando sucesivamente las casas y riñendo sangrienta pelea en las calles, pues los infieles, aun los heridos, peleaban con desesperación heroica.

Si bizarro fué el comportamiento de los españoles en la lucha, bizarro fué el de los musulmanes; el hisorador no puede menos de tributar á aquellos héroicos vencidos, que pelearon sin tregua por su honra y con valor sobrehu-

mano, los elogios que merece todo aquello que revela culto á la fe hondamente sentida y el respeto que se guarda al honor de creencias y de raza.

Para dar al lector una idea de tan encarnizada jornada y de la furiosa defensa de los moriscos, bástele saber que el asalto empezó á las 5 de la mañana y hasta las ocho de la noche, cuando murió el último defensor, no quedó la plaza por los cristianos.

La población fué destruida y por orden superior las gloriosas minas fueron sembradas de cal.

César.

(Prohibida la reproducción).

Crónica Científica

—LAS PLANTAS DANZANTES—

Plantas que saltan, que ruedan, que giran, que galopan, que brincan, he ahí seguramente un espectáculo extraño y raro.

Y esas plantas existen. Se las encuentra en Kansas, en la América del Norte. Agregaré aún que se las evita cuidadosamente, para no ser atropellados por esas bailarinas infatigables, que parecen arrastradas por el torbellino fantástico de alguna balada yankee.

A esta planta, que toca apenas el suelo en sus ejercicios coreográficos le han dado los sabios el nombre bárbaro y pesado de «Cytoloma patyphgturn», en vez de algún bonito nombre aéreo y cadencioso, ondulante como una farándula á los sonos de las gaitas y tamboriles.

La forma misma de la planta es de lo más singular. Es una esfera de verdura, una enorme bola herbácea, un gran fardo redondo de pasto. Su diámetro es por lo menos de un metro sesenta centímetros. Un ligero tallo sirve de canal á la savia que alimenta á esta planta-globo.

Mientras la planta está verde y joven se mantiene tranquila, reservada, fiel al suelo natal, esperando el momento propicio para lanzarse al baile á través de valles y colados. Tal como una niña, aún vacilante y tímida, aguarda el instante propicio para saborear las delicias del vals que ya ondula en su cabeza.

Detrás de esas esferas embalsamadas juegan los niños á las escondidas, los insectos rumban sus cancioncillas de amor y los pájaros hacen sus nidos. Pero cuando los delgados tallos que han nutrido á esas bolas enormes se han secado, la danza comienza y no hay necesidad de pifanos ni de cornamusas para estimular las extravagantes cuadrillas de esas plantas galopantes.

El primer viento que pasa las coge, las levanta, se las lleva, y principia á través de campos y praderas, una galop general, un vals excéntrico y fabuloso, una cuadrilla estupenda, con pasos diabólicos y saltos prodigiosos.

¡Ay de aquel á quien encuentran á su paso las plantas danzantes, que saltan y rebotan como pelotas elásticas; á veces de dos veras de alto!

De vez en cuando se paran como para tomar aliento, como si estuviesen estenuadas por las prodigiosas cabriolas; enseguida súbitamente, á un mismo tiempo, al soplo del viento que dirige el cotillón fantástico, la zaramapa-mundis vegetales interrumpen, como agotadas por su frenesí coreográfico esta especie de galop endiablada, se ponen á saltar en suave y ligera cadencia, como si ensayasen en el desierto los pasos aéreos de un minué indolente.

En seguida, como arrebatadas de pronto por el demonio de la danza, recobran con nuevo ardor su giro infernal á través del espacio, mientras que todo huye ó se esconde ante sus saltos aterradores.

Las plantas danzantes ¡ahí vienen las plantas danzantes! exclama el indio, huyendo al escape de su yegua espantada.

Cuando concluyen de bailar, esas extrañas plantas se ponen á rodar. Se creería entonces ver, en las pendientes de las colinas, la bajada tumultuosa y precipitada de animales extravagantes, de bestias apocalípticas, escapadas de algún corral monstruoso, desconocido de los hombres.

Un día,—refiere el «Scientific American»—unos cazadores, de bisontes divisan, á través de una ligera bruma, enormes animales que bajaban de la montaña en rápida y compacta manada. Eran, sin duda, bisontes, y los cazadores se apresuraron á recibirlos con una nutrida descarga. Pero, ¡oh sorpresa!

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 432

hecho mas de lo que debía. Expuse á un pobre padre á la desesperación.

—¿A quién, á don Fernando Ponzoa?

—Si.

—La bondad del corazón de V. M. es muy grande. Lo que desea el comendador es que galanteéis á su hija.

—¿De veras?

—Es como lo digo. Los hombres fingimos mas de lo que debemos.

—Lo conozco.

—Por esta razon espera.

—¿Y qué espera?

—Que V. M. se haga dueño del corazón de Enriqueta.

—¡Oh! no me hables de ella. Aun me estremezco cuando recuerdo su hermosura.

Carlos se levantó atisgado por las palabras del implacable consejero, y principió á pasearse por la cámara. La imagen seductora de la infeliz Enriqueta se le presentaba como un angel ardiente, como una visión de fuego.

Eguía conoció lo que pasaba en el corazón de su amo y se dispuso á no ceder hasta conseguirle todo.

—Observo que V. M. se engaña á sí mismo, dijo

CARLOS II EL HECHIZADO

433

pausadamente. ¿Por qué esa incertidumbre? por qué ese temor?

—¡A! déjame; yo no debo pensar en ese sueño.

—Eso es un error.

—¿Por qué?

—Porque ella piensa en V. M.

—¡Ella! gritó Carlos poniéndose la mano en el corazón para contener sus latidos. ¡Ella piensa en mí! ¿Luego sabe que yo?... ¡Oh! Eguía, me estás asesinando... ¡Como es posible, cuando solo la noche del baile le dije lo que me pasaba, y ella me tomó por otro!

—¿Y qué? V. M. no conoce el corazón de las mujeres.

—Pero tenía otro amante según comprendí.

—Un amante vulgar no puede compararse con un rey.

—No es vulgar; es...

—Ya lo sé... El conde de Santisteban.

—¡Y me lo dices así! El conde de Santisteban es digno de toda mi consideración. Yo no puedo robarle un corazón que es suyo.

—Señor, exclamó Eguía, atacando de nuevo aquel obstáculo. Eso es un escrúpulo de la edad media. Los reyes no estan sujetos á estas consideraciones.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 436

to de aquel hombre fatal. Brillaba en él ese primer esplendor de una esperanza carnal que ennegrece la frente y marchita el rostro con un colorido medio lívido, medio sangriento. Seducido, embriagado con un perfume amoroso, dejaba escapar su hasta allí comprimidos sentimientos, manifestando ese deseo salvaje de la naturaleza, donde solo estaba representada la amistad, pero nunca el amor.

El plan de Eguía era embrutecer el espíritu en un lago de deleites; enervarlo en los brazos de una cortesana; perderlo bajo la suave presión de unos besos impuros. El rey cayó en el lazo con la candidez del niño, y puesto que le ponían en la mano la copa de los placeres, era preciso apurarla.

—Estoy medio loco, Eguía, murmuró Carlos; he olvidado á la reina... y sin embargo, ningún remordimiento fatiga mi corazón.

—V. M. no ha olvidado á la reina, cumple solo con un deber, pues aunque parece repugnante la senda que se le presenta, es la verdadera para romper las cadenas que le oprimen.

—¡Oh! así lo comprende, y por eso sigo adelante. Pero dejemos cosas que pueden entristecer. Háblame de Enriqueta, de ese sueño de mi vida, de esa esperanza que creía irrealizable, de esa mujer que